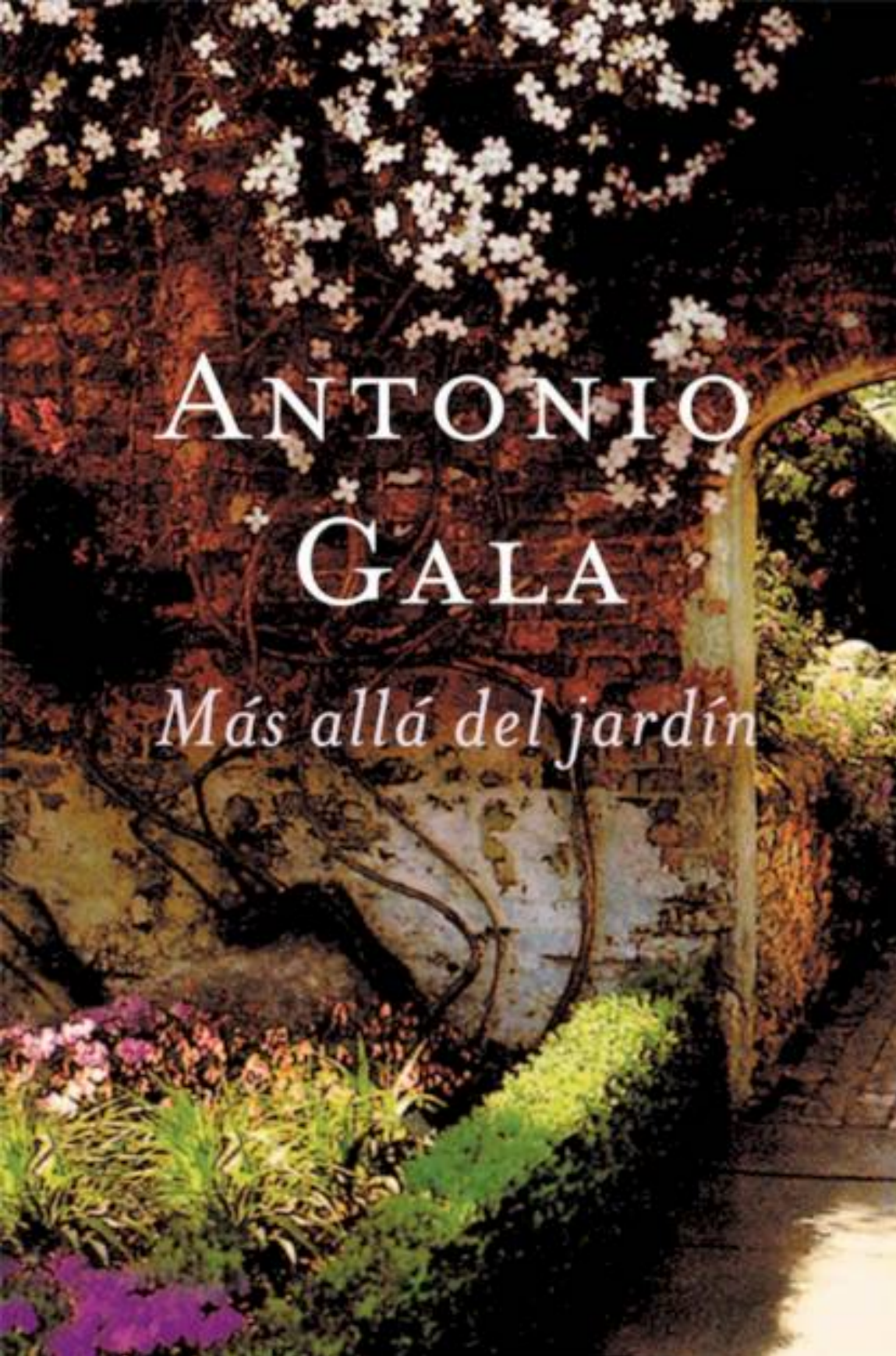


The background of the cover is a photograph of a garden. At the top, there are branches with many small, light-colored flowers. Below them is a brick wall. To the right, a stone archway is visible. In the foreground, there are various green plants and some purple flowers. The overall lighting is warm and natural.

ANTONIO GALA

Más allá del jardín

Palmira Gadea, una aristócrata sevillana, ha vivido al resguardo de su precioso y cuidado jardín. Sin embargo, ese orden aparente y artificial se ve invadido, poco a poco, por el inexplicable desorden del mundo que lo rodea. Las tapias del jardín de Palmira se estremecen y se resquebrajan por causa de una realidad violenta y ensangrentada, feroz pero enriquecedora, en un lugar donde jamás pudo imaginar que habría de encontrarse con su postrero y más grande amor y con su serenidad última, por encima del abandono y la muerte.

Palmira ha ido alejando de sí a todo aquel que significó algo en su vida. El suicidio de su hijo y el rencor de su hija se convierten en un revulsivo que hará que desee aventurarse más allá de su cuidado jardín, para dar a los demás el amor y la ayuda que no supo dar en su momento.

*«Yo quería ver el otro
lado del jardín»,
le dijo Wilde a Gide en
los años últimos.*

J
O
R-
GE
LUI
S
B
O
R-
GE
S,
AT
LA
S.

Los personajes, los acontecimientos y las situaciones de esta novela son, en su totalidad, producto de la imaginación. El autor no responderá de ninguna coincidencia con la realidad.

Primera parte

1

Las ramas del frondoso laurel salpicaban con manchas de luz y de sombra la figura, vestida de claro, de Palmira Gadea. El mediodía de abril era una fulgurante cúpula azul sin una sola nube. Un olor, mezcla de muchos, llenaba el aire cálido: avanzaba y retrocedía a oleadas muy lentas; sin que se supiese con exactitud desde dónde venían ni por qué.

En la conversación de Palmira y su cuñado Ciro Guevara, se había producido otra pausa. Palmira, con una pierna cruzada sobre la otra, fingía distraerse balanceando su zapato escotado en el pie derecho con el talón desnudo. Bajo él, un perro labrador negro dormitaba con abandono. Numerosos pájaros dialogaban entre las ramas del bosquecillo de algarrobos próximo. Una especie de sorpresa ante la perfección del lugar, del clima y de la hora, y también una especie de humildad invitaban a los dos cuñados al silencio. Sus frases surgían con largas interrupciones. El ruido de la podadora eléctrica, y a veces el de las tijeras del jardinero, bastante lejano e invisible, las ritmaba.

—Hace una mañana tan preciosa... —dijo por fin Palmira—. Nadie creería que esté pasando nada malo en el mundo. Yo, desde luego, no lo creo.

Se hallaban sentados ante una gran mesa redonda de mármol en un lugar del parque cercano a la puerta principal de la casa. Ciro bebía un martini muy seco, y jugueteaba con el palillo donde estuvo pinchada la aceituna; Palmira, una copa de vino frío que sostenía con delicadeza por el vástago. En su dedo anular destellaba una esmeralda. Las

palomas, seguras de su impunidad, picoteaban sobre el albero junto a ellos.

—El mundo entero —agregó después de un momento— es un valle soleado y tranquilo a nuestro alrededor. Qué suerte, ¿no es verdad? En el fondo, el mundo es un jardín como éste.

Ciro la miró sin intentar contradecirla. Conocía desde su infancia el jardín de los Santo Tirso, y a Palmira, también. Al mundo había tardado quizá un poco más en conocerlo, pero le bastaba para saber que el parecido entre él y el jardín era extraordinariamente remoto. Aprovechó que Palmira miraba alrededor con un aire de reina satisfecha, y la observó. ¿Qué tenía que ver esta mujer rayana en los cincuenta años, con la muchacha de dieciocho que él había besado por primera vez en aquel mismo jardín? La de ahora poseía el mismo pelo, rubio rojizo y crespo, de la de ayer, los mismos ojos pardos que la luz convertía en dorados o verdosos. Pero había envejecido demasiado: sus ojos se movían como si les urgiera apoderarse de todo; su piel no era ya la de entonces, ni su voz, que la edad había hecho más grave, casi masculina; la mano, más afilada, dejaba con elegancia la copa sobre el mármol, pero unas diminutas manchas oscuras la agraviaban... ¿Besaría él los labios de esta mujer que tenía casi enfrente? Los agrietados labios... No; sin duda alguna, no. Sonrió sin querer. El tiempo no había pasado en balde. El jardín, sin embargo, sí era el mismo. Alguien se había ocupado de cuidarlo mejor que a su dueña. Quizá su dueña... Volvió a oír las tijeras del jardinero, y eso lo trajo a la realidad.

—Prefiero este jardín —comentó.

—¿Cómo? —preguntó Palmira distraída.

—El mundo —añadió Ciro— no es tan tranquilo, ni tan ordenado, ni tan limpio.

—Todo mi mundo es éste. Siempre lo ha sido y siempre lo será.

No lo había dicho con desafío ni con rotundidad, sino como un simple hecho que se constata. Ciro bajó los ojos. Sobre la tierra de albero cruzaba una fila de hormigas precisa y recta, cuyo quehacer le resultaba incomprensible. Palmira levantó su copa y lo miró por encima de ella.

«A Ciro los años no lo han machacado. Tiene las sienes de un gris dorado casi; no ha perdido pelo; su cuerpo se mantiene esbelto, y lleva la ropa mejor incluso que antes. La edad de ambos es casi la misma; pero los hombres envejecen mejor... O quizá es que no necesitan mantenerse jóvenes con la misma ansiedad que nosotras... Su cara, marcada por unas cuantas arrugas bien dispuestas, es agradable y noble. Sonríe aún de un modo encantador. Nadie puede dudar que, detrás de este Ciro, está el mismo de hace treinta años.»

—Ya sé que has hecho todo lo posible por conservar la casa y el jardín —comentó él.

—He hecho mucho más de lo posible.

Palmira sintió de pronto la mano de Ciro sobre su cintura. Fue en los rústicos bancos del cenador. El aroma de los jazmines y las damas de noche, de las daturas amarillas y de las hierbaluisas era muy espeso. Ella respiraba con dificultad. Oía su respiración, y sintió ese rostro, que ahora se inclinaba un poco sobre la copa de martini, muy cerca del suyo. Cerró los ojos. Ciro tardó unos segundos más de lo que ella esperaba en besarla. Palmira levantó obediente los labios. Luego, recostó la cabeza con desmayo sobre el ancho hombro de él...

¿Besaría ahora los labios que rozaban el borde de la copa cónica del martini? Creía que sí. Sí. Estaba segura de que sí. «Y él me besaría a mí, salta a la vista.» Qué cosas se le estaban ocurriendo... De repente le sobrevino un extraño sofoco, como si la circulación de la sangre se hubiera detenido; un hormigueo desde los pies a la cabeza. Se le escurrió del pie el zapato. Cayó sobre el perro, que se irguió alarmado. Ciro la miraba con las cejas fruncidas. Ella

sonrió sin fuerza, recogió el zapato con el pie, y acarició con él al perro, que se adujó de nuevo sosegado... ¿Qué le pasaba? ¿A qué venía este insólito ataque de pudor? ¿Desde cuándo no se ruborizaba? Se incorporó.

—Manuel —llamó—. Manuel.

Casi gritaba. El perro trató de levantarse. El jardinero no la oía. Lo iba a mandar en busca de un abanico... Volvió a sentarse. Tomó un periódico de encima de la mesa y lo agitó delante de su cara.

—Comienza a hacer demasiado calor. —Sospechaba, aunque no era verdad, que había enrojecido. El sofoco no cedía—. Willy ya debería estar aquí.

—¿Quieres que te traiga algo de la casa?

—No, no, deja.

Se distrajo. La corbata de Ciro era bonita. Quizá demasiado llamativa. Subía y bajaba la nuez mientras bebía. «Los americanos son así. También la chaqueta, con su única abertura en el centro de la espalda. De la espalda tan poderosa...» Sintió un leve mareo como el que sentía de niña en la feria, nada más pisar la calle del Infierno, entre el movimiento incesante y el miedo a los cacharros, en los que nunca le apetecía montar, pero montaba. Con Ciro había montado en uno donde caía un telón ocultando a las parejas. «El tren del amor, o la mariposa del amor, o no sé qué...» ¿La besó? «Me besó. Ahora está más interesante, más cuajado, más hombre...»

—Willy se retrasa más cada día.

—Aún es pronto. Quizá haya venido yo antes de lo debido.

Era evidente que la camisa la había comprado hecha. El cuello caía bien, pero no era una camisa a la medida... Se abanicaba aún con el periódico. Parece que el sofoco se calmaba. El albero había empolvado un poco los zapatos de Ciro, y más los suyos.

Qué disparate —dijo ella—, de ninguna manera. Estoy encantada de haber tenido este rato para charlar contigo.

Siempre nos vemos en presencia de Willy. Desde entonces.

—Este perro —comentó Ciro, un poco violento— no lo teníais antes.

—Eso demuestra cuánto hace que no vienes. Es un anciano. Tiene más de doce años. Juba —llamó en tono normal. El perro no se movió. Subió la voz—: Juba.

El labrador se puso con trabajo sobre sus cuatro patas. Miró a su ama con los ojos velados por cataratas. Le acercó su gran cabeza negra sin una mancha. Ella le alargó un trocito de queso.

—¿Es hembra? —preguntó Ciro sorprendido.

—Qué mala memoria histórica —rió Palmira—. Juba es un nombre masculino.

—Ya. En California hay un río que se llama así. Desemboca cerca de Marysville. Estuve allí hace un par de años.

—Te has convertido en un verdadero americano —Palmira coqueteaba—: lo que no existe allí no existe en ninguna otra parte. El nombre del perro no se escribe con Y sino con J. Se lo puse por el rey Juba II, no por el que colaboró en las guerras púnicas. Fue un tío guapísimo. Hay un retrato suyo, en bronce muy oscuro, en el museo de Rabat. Recuerdo que, cuando Willy y yo lo vimos, lo habían ya cerrado, y nos lo abrieron por amistad con el ministro de Cultura. Fue rey de Mauritania, y Augusto lo casó divinamente. Nunca mejor dicho: lo casó con Cleopatra, la hija de la faraona y Marco Antonio, que era aún divina... Cuando me trajeron a éste de cachorrillo (cuánto tiempo hace, qué horror), pensé que no podía llamarse más que Juba. Otelo me gustaba también, pero era más corriente. Y los celos son una pasión que nunca me hizo gracia...

«Sigue siendo la misma marisabidilla de antes —se dijo Ciro mientras sonreía—. De menuda me he librado.»

«Ciro está guapo. Siempre lo fue; pero los años le han dado la seguridad que no tenía, y cierto empaque, y una forma tan cariñosa, tan atractiva de sonreír... Willy también sonríe (o sonreía) muy agradablemente... ¿Cómo habría si-

do la vida con Ciro? Por descontado, él no se habría ido a Los Ángeles.» Lo que dijo fue:

—Está muy mayor. Como yo —sonrió con malicia a su vez—, como todos.

—Tú, no —dijo Ciro—. Tú estás completamente igual. No he visto a nadie nadar y guardar la ropa mejor que tú. Eres la misma chiquilla que me encontraba los fines de semana durante el bachillerato. Parece mentira que tengas la edad de mis hermanas. Y la mía casi. —«Me lleva un año»—. Nosotros sí que estamos destruidos.

—No querrás piropearme.

—Por supuesto que no. No lo necesitas. No hay más que verte.

«Y sigue tan halagador y tan simpático. ¿Desde cuándo Willy no me dice ninguna cosa medianamente amable?» «No seas tonta, no te puedes quejar.»

—Juba está sordo, sordo del todo y casi ciego. —Le alargó ahora un colín—. No es que lo maleduque —se justificó—: es que me da tanta pena. Hemos pasado juntos muchos tragos, no todos dulces. Y ahora ahí lo tienes, ajeno a todo, encerrado en sí mismo, pendiente sólo de su hora de comer. Bueno, también de la llegada de los niños. Da ganas de llorar. Que un ser tan vivo, tan alegre, tan valiente, tan enamorado (porque ha sido mi principal enamorado) —añadió con un mohín un tanto pícaro— se haya convertido en este extraño mueble casi insensible...

El perro la observaba con atención. Bajaba los ojos turbios hacia sus manos, y los volvía a alzar. ¿Qué veía? ¿A quién veía? Ciro, que era oculista, pensaba que estamos presos de los ojos: «Todos, hasta los perros, que tienen tanto olfato. No es raro que vivamos en la era de la imagen. Lo reducimos todo a imágenes e imágenes: hasta las fórmulas matemáticas... ¿Qué es, si no, esta conversación con Palmira? Imágenes antiguas; pasar las hojas de un viejo álbum de fotografías, que ni siquiera ya nos pertenece... Dios quiera que no tarde Willy». Palmira continuó:

—Quizá él me adivina mejor que nadie, a pesar de su sordera y su ceguera. Los humanos somos más torpes que los perros.

—O más egoístas —dijo Ciro.

—Más egoístas, desde luego. Por eso decimos que el amor es ciego: porque no nos conviene ver ciertas cosas, y, por el contrario, nos conviene justificar las equivocaciones... Juba puede que sea ciego, pero su amor no lo es.

¿Por qué hablaba ahora de amor? No era nada oportuno. Trató de arreglarlo. Abrazó la gran cabeza del perro, que empezó a mover el rabo con demasiada fuerza, y golpeó la pierna de Ciro, que retiró unos centímetros su silla. "«Siempre la misma: cuando acariciaba a alguien, o estaba especialmente cariñosa con alguien, es porque le brindaba la faena a otro a quien ni siquiera miraba. No cambiamos.»

Palmira se levantó y cortó una pequeña rama seca — apenas tres o cuatro hojas— del laurel.

—Los jardineros no son de hecho los dueños del jardín. Manuel es buena gente, pero también está algo mayor. Esto le está viniendo grande. —Volvió a sentarse—. Puede que a mí también.

¿Estaba provocando de nuevo una galantería? Por si acaso, Ciro comentó:

—Este jardín y tú tenéis las mismas dimensiones y la misma virtud: estar fuera del tiempo. ¿Desde cuándo es de tu familia?

—Desde el dieciocho. Pero ha cambiado mucho desde entonces. Todo cambia, todos cambiamos... pesar de lo que dices tú, *flatteur*.

«Sí, en lo que nos empeora», pensó Ciro.

—Por la mañana estaba de flores la rosaleda como podrías imaginar.

No agregó con cuánta ilusión las había cortado con la cesta y los guantes y la tijera grande, para llenar los floreros de la casa. La visita de Ciro, después de tantos años, la había puesto nerviosa. Sin saber por qué. Entre ellos, ¿qué

sucedió? Apenas nada: cosas de los dieciocho años. Compañeros de siempre, las familias amigas, viéndose sin cesar, se habían enamorado. ¿Se habían enamorado? Cosas de los dieciocho años, cuando no se sabe lo que se quiere... «Y también cuando se quiere sin necesidad de saber nada.» Salían, se reían, se besaban, alardeaban uno de otro. Hasta que llegó Willy de la universidad inglesa. Willy, más hecho, más preparado, con un futuro más claro entonces. Sin darse cuenta, se interpuso entre ellos... Ahora quedaba sólo el misterio de qué habría acaecido con Ciro. Nada más. ¿Nada más? Las rosas estaban también ensimismadas en los floreros, como Juba: cortadas, pero maravillosas; agonizantes, pero espléndidas. Habría que tomar ejemplo de las rosas... «Todos estamos siempre despidiéndonos de algo: de cada momento, de la vida quizá...» ¿Por qué le daba por esas trascendencias? Bobadas... Se volvió a levantar.

—Manuel poda los mirtos, y deja los recortes sobre la bordura. Luego se secan y hace horrible. Mira que le habré dicho veces que pase un rastrillo. —Sacudió los mirtos del arriate. Cortó una rama verde y se la acercó a la nariz mientras regresaba a la mesa—. Te doy otro martini. —Del carrito tomó la coctelera y rellenó la copa de Ciro. Después sacó la botella de fino y se sirvió en su copa. La levantó—. ¿Brindamos?

—Sí. ¿Por qué? —preguntó Ciro, con su cóctel en alto.

—Por nuestro nuevo encuentro. —Brindaron—. ¿Cuánto te quedarás?

—Tengo mucho que hacer. Después de celebrar vuestras bodas de plata, no creo que me quede mucho más.

—Nuestras bodas de plata. Es igual que una broma, ¿no te parece a ti?

—Lo que parece una broma es que yo, tan noviero, no me haya casado todavía.

¿Noviero? ¿Qué quería darle a entender? ¿No se estaría pasando Ciro? «Ojalá llegue alguien. No; que tarden aún.» Este encuentro la rejuvenecía. Una mujer con ganas de gus-

tar es siempre joven. Dejó los labios sobre el borde de su copa un momento más largo de lo imprescindible. Miró fijamente a Ciro, pero él desvió los ojos. «Es tímido. No; es prudente.» Se escuchaba el ruido de las tijeras de Manuel recortando los arrayanes. «Noviero. Qué palabra.» «Ciro ha sido siempre muy mujeriego —se decía en la familia—: se casará a los cincuenta años con la que menos le convenga, ya veréis. Con una americana de pelo color de estopa y guantes cortos: un horror.» Se había producido una pausa un tanto violenta. Ciro la interrumpió:

—Qué bien se está aquí. Qué placidez. Dan ganas de quedarse para siempre. —Para siempre: ¿a qué aludía?—. Los Ángeles es todo lo contrario.

—Quizá te haya llegado la hora de volver definitivamente.

—¿A morirme, quieres decir?

Palmira soltó una pequeña carcajada. «A todo lo contrario. Qué torpes son los hombres. Hay que ponerles todo tan clarito.»

—Pareces muy feliz. ¿Lo eres? —preguntó Ciro de sope-tón.

—Lo soy. —Había respondido demasiado deprisa. ¿Lo era?, se preguntó a sí misma. «¿A qué se refiere?» Después de un momento, denunciando sin caer en la cuenta lo que pensaba, añadió—: Willy y yo lo hemos aprendido todo juntos, ¿no sabes? El amor, la comprensión, la tolerancia, el respeto, la diversión y la camaradería. Todo.

—¿Y quién fue el maestro, y quién el discípulo?

—Los dos hemos sido las dos cosas, el uno para el otro.

—Enhorabuena.

¿Había un tono de guasa en la voz de Ciro? Era preciso no dejar ni una fisura, que no sospechase que ella vacilaba. Insistió:

—Hemos hecho juntos todos los descubrimientos.

Y seguimos haciéndolos, te lo prevengo. De la mano.

—¿De la mano de quién?

—Yo de la suya y Willy de la mía. Siempre. —Sí, había un tono de guasa. No estaba creyendo nada de lo que ella le decía. ¿Se lo creía ella acaso?—. Siempre —repitió—, sin el menor fallo.

—¿Crees que tu marido fue también virgen al matrimonio?

¿A qué venía eso? ¿Había hecho un leve hincapié en el también? Y el caso es que, al parecer, lo preguntaba en serio. No tenía derecho. Bueno, al fin y al cabo era hermano de Willy. Sonrió, para contestar, sólo por un extremo de la boca.

—Creo poder asegurarte que sí.

—¿Habéis hablado de esto alguna vez? —Los ojos de Ciro se reían.

Le volvió el sofoco. Por nada, porque la pregunta no significaba nada. Era un sofoco de dentro afuera. Tendría que consultar con el médico. Álvaro Larra la conocía bien... Pero ahora tenía que contestar sin hacerse la asustadiza. Miró de frente a Ciro.

—Naturalmente que sí. Y mi marido me ha dicho la verdad.

¿Qué sabía Ciro? Quizá no era la verdad lo que le había dicho Willy. Pero ahora eso, ¿qué importaba? ¿Qué le importaba a ella, después de veinticinco años, que Willy se hubiese acostado con otras antes de casarse? «Ni antes, ni después.» Habló con voz un poco agitada:

—Cualquier cosa que hubiese hecho antes del matrimonio yo se la habría perdonado. Sin embargo, no le habría perdonado la mentira.

Se encontraba ligeramente ridícula. No era éste el tipo de conversación que hubiese esperado mantener con Ciro, y además tenía la impresión de que él se burlaba... ¿La estaría provocando a la infidelidad? Se abanicó más fuerte con el periódico.

—Pero ¿qué harías si te enteraras que tu marido tiene un apartamento donde se ve con otra?